

Para Brenda

Causa y efecto de todo

Lo bueno que hay en mi vida.

Aquella mañana llovía más de lo que lo había hecho en Madrid en los últimos años por aquella época. Un lunes negruzco y plomizo cargado de agua, aunque realmente era lo que “tocaba” según decían todos los vecinos que Pablo se fue encontrando en la escalera. Entraba el mes de Septiembre y todos comentaban que sería un otoño muy lluvioso.

Pablo hacía más o menos un año que vivía en aquel edificio, antiguo pero no viejo, con una fachada que era la envidia de toda la manzana. Muy bien situado en el centro de la ciudad y cerca de todos los bares de ambiente.

Lo trasladaron a trabajar a Madrid desde su Barcelona natal por un asunto de “Dislocación temporal”, cuestión de meses le dijeron, pero ya se encontraba como un madrileño más y poco le importaba si la dislocación era temporal o sería, como él sospechaba, algo definitivo. La empresa

para la que trabajaba acostumbraba a hacer que las cosas temporales, durasen paradójicamente una eternidad.

Cuando llegó a Madrid, se marcó como uno de sus principales objetivos el integrarse y encontrarse como en su propia casa, cosa que le costaba muy poco ya que estaba acostumbrado a viajar y a sentirse bien en casi cualquier parte.

Pablo dejó en Barcelona una hija, salida de la adolescencia hacía años, que solo le dijo al enterarse de que se tenía que ir a vivir una temporada a Madrid...- Joder papi que envidiaajii-

Por lo demás, nada le obligaba a quedarse en una ciudad que lo había visto crecer sin darle demasiados mimos, más bien al contrario, castigándolo con la frialdad de una tía lejana, más que arroparlo con el calor de una madre.

Trabajaba en un edificio de oficinas a las afueras y aunque en días como el de hoy, en los que a nadie le gustaría mover un pie fuera de la cama, se arrepintiese de no haber cogido el piso más cerca del trabajo, por lo general, le gustaba el trayecto a pie hasta el metro.

Adoraba su trabajo, ejercía dentro de un grupo multidisciplinar en una multinacional del sector del papel, esto tan rimbombante no era más que ser el líder de algunos proyectos de Marketing en una gran empresa

dedicada al bienestar de las personas, en resumidas cuentas era un currito experto en papel higiénico, ni más ni menos que eso. El problema venía cuando Pablo tenía que presentarse ante desconocidos y explicar sus ocupaciones sin recibir alguna que otra sonrisa.

En su amplia trayectoria, Pablo había cosechado múltiples reconocimientos, el más destacado fue en una campaña veraniega en la cual, dispuso de un enorme y sucio gorrino que obviamente no utilizaba el papel que la compañía papelerera fabricaba y que se paseaba por la ciudad intentando que alguien le diese un “buen papel” para limpiarse.... En un momento dado, aparecía una joven que sin hacerle ascos al enorme animal, cogía un buen rollo de papel higiénico y lo limpiaba profusamente. Realmente causó gran impacto la campaña y a Pablo le costó el sobrenombre de “Porquinet”, o cerdito en catalán.

Nunca fue un afortunado en cuestión de amores, conoció a la madre de su hija cuando aún no había ni tan siquiera empezado a volar, fue caer del nido y allí estaba ella para recogerlo y enseñarle todas esas cosas de las que se oyen hablar en la adolescencia, pero que solo se pueden aprender en la práctica. Se casaron siendo muy jóvenes, buscando esa independencia que todos los jóvenes profesan y que cuando se obtiene, no es tan placentera como en un principio parece. Ante la negativa de los

padres y los consejos de algunos mayores, ellos siguieron adelante y conformaron su propio nido. Ella, una hermosa chiquilla que adoraba a Pablo, pero que podía situarse en las antípodas de la visión que él tenía del mundo y de la forma de vivir. A los pocos años, se separaron y continuaron manteniendo una buena amistad, ante el asombro de muchos y la irritación de otros.

Desde la llegada a Madrid, frecuentaba sitios aconsejados por sus compañeros de trabajo, pero su lugar ideal, su segunda y en ocasiones primera casa era *El Central*.... Allí se sentía muy a gusto, rodeado de gente que iba y venía sin ningún tipo de prisa, ensimismada y ausente. Le gustaba sentarse en la mesa que hay junto al piano, una mesa discreta que como todas tiene una superficie blanca marmórea y un pie de entramado de hierros parecidos a las máquinas de coser de nuestras abuelas. Desde la mesa podía visualizar todo el bar y por las noches, era su lugar preferido para oír Jazz del que ya se puede disfrutar en pocos lugares de la gran ciudad. Una noche, sentado en *El Central*, comenzó a cambiar su vida, iba a tener lugar una aventura para la que quizás no estaba preparado, pero que como todo lo último que estaba ocurriendo en su vida, lo transformaría en otro hombre, en otra persona.

=====

- Pablo, ¿has entregado el dossier que te pidió Lola?
- ¿Era para hoy?, no me lo puedo creer- contestó con cara de asombro
- Pero en que estás pensando últimamente, ¡¡se te ve en otro planeta tío¡¡

Realmente no quiso comentarle a Juan, su compañero de despacho lo que le estaba pasando, aunque poco a poco, tendría que comenzar a abrirse y explicar que su vida había dado un giro inesperado, pero quien iba a creer lo que le estaba pasando.

- No sé Juan, no sé lo que me ha pasado, dile a Lola que mañana sin falta lo tendrá en su mesa. Ahora he de marcharme.
- ¡¡Pero Pablo¡¡ No puedes irte, tenemos reunión con los “capos” y esperan tu dossier para la nueva campaña.

Pablo ya no escuchaba a Juan, había cogido su abrigo y salía por la puerta del edificio de oficinas, con la mirada perdida en cualquier parte. Cuando salió a la calle, no reparó en el hombre que estaba sentado en el hall, un hombre que por otra parte, tampoco era que sobresaliese de la mediocridad de las personas que entraban y salían a diario de allí. Pablo, incluso aunque hubiese reparado en él, seguramente no lo hubiese

recordado, pero el sí conocía bien a Pablo y estaba dispuesto a hablar con él costase lo que costase.

Se montó en su viejo Peugeot azul y colocó en el CD uno de sus discos preferidos, lo relajaba y a la vez lo remontaba a sus años de juventud en Barcelona. Sonaba Asylum cuando se detuvo en el semáforo. Al lado, un coche claro, conducido por un hombre con gafas de sol, aunque el tiempo no estaba para utilizarlas, Pablo se fijó en el detalle, pero no pudo ver como él lo estaba mirando, directamente a los ojos, con una mirada de curiosidad, oculta tras los cristales negros. Arrancaron y se adentraron en el centro, el tráfico fluido hacía que pudiesen ir a una cierta velocidad. Pablo tenía prisa por llegar, estaba deseando constatar lo que le había sido revelado la noche anterior en *El Central* por eso iba absorto, fundido con Supertramp y ajeno al coche claro que lo iba siguiendo.

El central, es de esos lugares mágicos que solo con entrar en ellos, te fundes y parece que han sido diseñados para ti. Tiene una doble puerta de entrada. La barra, antigua como el resto del mobiliario, invita a sentarte en ella y a través del espejo frontal, puedes ver la fauna madrileña que se mezcla a cualquier hora del día con los miles de turistas llegados de todas partes. Las mesas están colocadas como un auténtico puzle, donde cada una forma parte del escenario en el que cada noche suenan los acordes

de los mejores jazzistas del momento. Pablo conseguía adaptarse tanto al local que incluso parecía parte de él.

Aquella noche, en el programa que se puede encontrar sobre las mesas, se indicaba en grandes letras la actuación de Ariel Brínguez y su “Nostalgia Cubana”, Pablo pensó que sería una noche inolvidable, ya que el año anterior, había pasado unos maravillosos días en La Habana y quería recordarlos, a través de la música afrocubana de Brínguez. Llegó pronto y pidió que le sirvieran una cerveza, aunque no acostumbraba a beber, le apetecía escuchar la música, entre los amargos sorbos de una cerveza de importación. Se sentó en su mesa habitual, cerca del pequeño escenario y empezó a ojear un diario mientras esperaba a que comenzara el espectáculo. De pronto, se acercó una mujer, fue directa a la mesa y le pidió que le dejase sentar junto a él para poder tomar algo mientras empezaba el concierto.

Le incomodó un poco ya que le gustaba sentarse solo y disfrutar de la Jazz sesión sin que nadie le interrumpiese, disfrutando de las viejas canciones o como iba a suceder hoy perderse por entre sus recuerdos. Pero era un caballero, así que cedió un sitio a la recién llegada y continuó como si ella ni tan siquiera estuviese allí, ojeando las noticias que, para variar, estaban teñidas de pesimismo y depresión. La recién llegada se presentó, se

llamaba Carol, y por el acento detectó que no era española, comentó que estaba en Madrid desde hacía unos meses, que venía por asuntos de trabajo y que le habían hablado muy bien de *El Central*. Pablo no prestaba demasiada atención a aquella mujer, pero algo le decía que debía escucharla, así que dejó el diario a un lado y cumplimentó presentándose el también.

Al cabo de un pequeño espacio de tiempo, reían contándose viejos chismes y sin darse cuenta, comenzaron a llegar los músicos al escenario para iniciar el concierto. Carol era de Lisboa, ciudad que Pablo conocía muy bien debido a los continuos viajes que en otros tiempos realizó para la agencia. Era un enamorado de Lisboa, y en general de todo lo relacionado con Portugal, país al que consideraba su media “patria”.

Convino con Carol, que hablar Portuñol entre ambos, les hacía entenderse muy bien y tener una lengua común, inventada y adecuada a la ocasión que la hacía única. Ella pidió también una cerveza y como es costumbre en *El Central* las acompañaron de una pequeña tapa de aceitunas que a Pablo le parecían riquísimas. Bebían y reían y de pronto, comenzaron a atenuarse las luces de la sala, el concierto iba a comenzar.

El ritmo que imponía el grupo no dejaba mucho espacio a la conversación, aun así, Carol contó a Pablo que aunque nacida en “El Alentejo”,

concretamente en Campo Maior, desde muy pequeña se fue a vivir a Lisboa con una tía suya para poder estudiar. Estaba soltera y su verdadero vicio era la lectura. Devoraba libros de todos los temas que se le presentase. También le gustaba viajar y por eso, después de algunos tumbos, recaló en Madrid.

Pablo vivía cerca del Central, en el mismo barrio de las letras, concretamente en la calle Huertas, en el número 14 de Huertas. Era un piso alquilado con un pequeño pero coqueto balcón que daba a la misma calle, todo era pequeño pero hermoso en el mundo de Pablo.

El piso no contaba más que con dos habitaciones, una donde tenía su dormitorio y en la otra un pequeño despacho. Una estrecha cocina, totalmente equipada, un baño pequeño y un comedor que comunicaba con el balcón.

Si bien el mobiliario era de grandes almacenes, conseguía darle al conjunto de la casa un aire sobrio.

Siempre le había gustado el color morado, o "Purple" como le gustaba llamarlo a él, por lo que en la casa, así como en su vestuario predominaban los tonos violáceos

Aquella noche, cuando acabó el concierto y después de algunas cervezas, no consideró muy apropiado decirle a Carol que subiese a tomar la última a su casa, aunque realmente el momento era el más propicio, tras escuchar un buen montón de canciones tocadas con esa forma de rasgar el alma que solo tiene el jazz. Carol también valoró la posibilidad de ser invitada a terminar la noche lejos del bar y pensó que sería una idea estupenda que su nuevo amigo español la invitase a su casa para continuar la velada, se sentía muy bien con ese hombre amable y simpático que la hacía reír y conseguía como nadie lo había hecho hasta ahora que dejara a un lado todos los problemas que ella acarreaba desde hacía ya demasiado tiempo.

Aunque lo sopesó, finalmente no le dijo a Carol que fuese a su casa, por el contrario, se ofreció a acompañarla y así de paso, sabría donde vivía aquella Lisboeta de cabello negro ensortijado y sonrisa adictiva. Ella accedió y comenzaron a andar por Madrid, sin prisa, como esperando que si caminaban despacio, aquella noche resultaría eterna. Se encontraban a gusto, conversaban sobre su tema preferido, Lisboa y en ocasiones, Carol pensaba porque ese hombre no marchaba a vivir allí, donde su alma quedó encerrada para siempre en el Castelo de San Jorge al sonido de un fado.

Quiso preguntárselo, pero no le pareció oportuno ya que acababan de conocerse y realmente él no es que le hubiese contado demasiadas cosas de su vida. Se veía un hombre reservado, aunque hablaba por los codos, pero la mayor parte de su conversación era sobre cosas triviales, sin profundizar sobre su vida.

Al pasar por el escaparate de una tienda de productos esotéricos, Carol se paró de pronto, al ver sobre una pequeña montaña de cartón piedra, una serie de personajes que captaron su atención, unas hadas de caras sonrientes, unos gnomos verdes con pintas de pequeños niños traviesos y unas sirenas, que con su cabello recogido tenían caras de auténticas bellezas además mostraban unas hermosas colas de pez, azules como los ojos. Carol sintió un escalofrío al ver el conjunto que se exponía de forma sugerente y en ese mismo momento decidió que al llegar a casa le contaría a Pablo su gran secreto, aquello que no la dejaba dormir y la mantenía en vilo desde que le ocurrió.

- ¿Qué, es eso que te atrae tanto Carol?, ¿son esas pequeñas hadas?
- No – contestó sonriendo – es todo, el conjunto en sí, es hermoso.

¿Crees en las hadas y las sirenas Pablo?

- ¿Quieres saber la verdad?, creo en ellas porque son las que de noche, cuando dormimos, vienen a nuestra cama a dar de comer a nuestra alma.

Carol se sonrojó, no sabía por qué, pero aquella respuesta imprevista la hizo sentirse en esos momentos una niña pillada en una travesura, ella sabía perfectamente por qué preguntaba a Pablo sobre hadas y sirenas, pero nunca esperó esa respuesta.

- Y dime, ¿has visto alguna de verdad alguna vez?
- No mujer, eso es solo cosas de la imaginación. ¿No habrás creído en serio lo que te he contado?, o ¿acaso en Portugal sí vienen de noche a dar alimento a las almas desnutridas de los enamorados y es por eso te has quedado tan sorprendida?-

Ella no contestó, se limitó a sonreír y a pensar en lo equivocado que él estaba.

Al volver una esquina, Carol avisó a Pablo que aquel era el edificio donde ella vivía y que compartía piso con una amiga Brasileña y que posiblemente ella estuviese ya durmiendo, él lo entendió como una despedida en toda regla y ni tan siquiera sugirió subir con ella.

- ¿Quieres que te llame mañana para tomar un café?

- Bueno, mañana tengo el día un poco ocupado Pablo, pero si por la tarde puedo, te aviso – Realmente quería haberle contado el secreto, quería que él supiese lo que la hacía padecer, pero ante la respuesta de Pablo, no se atrevió, pensó que ya tendría otra oportunidad.
- Está Bien Carol, si tienes un hueco en tu libreta de baile, ¿me avisarás?
- Ja, ja, por supuesto – contestó Carol riendo- pero cuenta con que tengo muchos bailes ya comprometidos.

Se dieron unos besos de despedida y ambos sintieron que era una pena despedirse en un triste portal vacío, pero que justo acababan de conocerse, por lo que todo estaba aún por llegar.

=====

El coche claro estacionó en el parking de la estación de Atocha, de él se bajó un hombre de mediana edad, con el pelo corto y de un gris que hacía que aparentase aún más edad de la real. Tenía una ligera cojera fruto de un problema de espalda y una poblada barba también del color de la ceniza. Había llegado allí muy temprano, en un afán de encontrarse con Pablo, pero de momento no lo había conseguido, así que dejó el coche estacionado y decidió continuar a pie. Había seguido muchas veces a

Pablo desde la oficina y sabía que vivía por la zona, si bien, desconocía el lugar exacto. Por eso, esa mañana soleada de otoño, decidió pasear por el barrio de las letras, intentando que el azar le mandase un AS y diera de una vez con él.

Se paró en el Caixa Forum antes de llegar a la calle Huertas. Esos días había una exposición de algunos cuadros del inigualable maestro Sorolla, lo que motivó su interés. Pablo por la mañana, normalmente trabajaba en la oficina, pero al ser ese día festivo, era posible que hubiese venido a ver la exposición. Una vez hubo comprobado que no se encontraba allí, salió y encendió un cigarrillo, aún tenía mucho tiempo, pensó, para poder encontrarlo.

Pablo se despertó aquella mañana con una extraña sensación, aunque no le molestaba salir de noche, parecía como si ese día el cuerpo no le respondiese como era habitual, tenía la vaga sensación de que el cuerpo iba más lento que su propio cerebro y que las manos y las piernas no obedecían a sus órdenes.

Supuso que sería por las cervezas que tomó con Carol y que después de una buena ducha, todo volvería a su normalidad. Se levantó y abrió la puerta que daba al balcón, se oía el habitual murmullo de la calle a esas horas de la mañana en un día festivo. Hacía sol y eso lo puso de buen

humor, acostumbraba a decir que él no podía vivir sin sol y que su fuente de vida natural eran precisamente los rayos luminosos del sol en cualquier época del año.

Al asomarse un poco por el ventanal, reparó en un tipo que estaba apoyado en la pared frente a su portal, fumaba de forma lenta, parsimoniosa como si en cada calada obtuviese un placer supremo. Lo que realmente le sorprendió era la cara de aquel tipo, estaba seguro que lo había visto antes, pero dónde? conocía a un sinfín de gente y en esos momentos de aturdimiento matinal, lo que menos pensaba era en reconocer la cara de nadie.

Se fue a la ducha y entró en otro mundo, el mundo a veces sobrenatural que sentía vivir cuando el agua tibia y a presión, chocaba con todos y cada uno de los poros de su piel....

Salió como nuevo y fue a buscar la ropa para ir a desayunar al “14 de Huertas”, donde Ángela y Manolo hacían unos desayunos inolvidables que eran su pequeño pecado las mañana festivas. Antes de colocarse el polo lila con mangas de color gris, sonó el móvil, el sonido característico del wasap, podía ser su hija, que acostumbraba a preguntarle por su vida de vez en cuando. Cuando lo abrió, comprobó que era Carol, sonrió - poco ha

tardado en buscarme esta Portuguesa - se dijo mientras abría el mensaje;

- *Hola Pablo, anoche lo pasé genial y querría aceptar ese café del que hablaste. Quiero contarte algo importante y creo que delante de un café será el escenario perfecto. ¿Te va bien a las 4?*

Contestó con un escueto – OK - y pensó en que sería eso que quería contarle Carol, al fin y al cabo se conocían de una noche y poco más, aunque realmente, hablando con esa preciosa morena, parecía que fuese toda una vida la que hacía que se conocían. Bajó por fin al bar y entrecerró los ojos cuando el aroma del café con leche que le sirvió Manolo entró por su nariz para hacer despertar del todo su abotargada cabeza. Pidió un bocadillo de jamón que a él acostumbraban a servir con tomate restregado en el pan, como era costumbre en su Badalona natal y cogió el diario que tenían en el mostrador para echar un ojo a las noticias de aquel día de septiembre cercano ya a su cumpleaños.

El tipo del pelo canoso y la cojera prominente, entró en “El 14 de Huertas” y allí vio a Pablo sentado en una mesa, con un café con leche y un

bocadillo, al ver que no prestaba atención a la puerta y estaba embutido en un diario creyó ver la oportunidad que llevaba semanas esperando y decidió que no la iba a desaprovechar.

- Buenos días, ¿puedo acompañarle?

Pablo levantó la mirada hacía quién había dicho esas palabras, que ya le resultaban paradójicamente familiares pues eran las mismas que había utilizado Carol la noche anterior. Obviamente la diferencia entre la voz cálida y la mirada tierna de Carol nada tenía que ver con la rudeza de aquel hombre.

- Perdone, ¿nos conocemos? – contestó Pablo sorprendido. Al levantar la vista y mirar más a fondo al desconocido, reparó que era el mismo que estaba frente a su portal un rato antes -
- Usted quizás no me recuerde, soy Jorge Jaros, de Barcelona como usted señor Vetti. Hace un par de semanas que he venido a Madrid y necesitaba verle y hablar con usted.
- Señor Jaros, no sé quién es, ni en que podría ayudarle, pero siéntese y dígame que quiere.

- Verá señor Vetti, hace unos años, antes de su traslado a Madrid, yo trabajé para su compañía, si bien era a través de una empresa externa. Yo estuve montando las instalaciones de los nuevos despachos en el edificio central de Barcelona. Usted estaba en aquel despacho grande, junto a la ventana, ¿recuerda?
- Claro que lo recuerdo, ¿pero que desea?, ha pasado ya mucho tiempo desde entonces y realmente de usted no tengo ningún recuerdo.

Eso era lo que más le molestaba a Jorge, la indiferencia de los poderosos, no podía recordarlo porque simplemente lo ignoró, todo en su mundo era perfecto, todo era materialmente posible, pero para él, un simple operario que se limitaba a hacer los trabajos sucios, nada era tan sencillo. Lo que le llevaba a pedirle, casi suplicarle a aquel hombre era algo mayor a su orgullo, si no fuese así, estaba seguro que nunca se rebajaría a hablarle a un tipo como ese.

- Verá señor Vetti, necesito que me entregue 30.000 euros, para usted no es una cifra desorbitante, pero para mí es esencial, es

cuestión de vida o muerte. Sería un préstamo y le sería devuelto en su integridad.

Pablo enmudeció, mil cosas pasaron por su cabeza, desde luego, lo primero que pensó era que estaba soñando o peor aún, tenía una pesadilla. Un tipo entra en el bar y simplemente le pide 30.000 euros como el que se pide un café.

- Váyase de aquí inmediatamente si no quiere que llame a la policía.
¿Es tan estúpido de pensar que le voy a dar ni un céntimo? No tengo esa cifra, y aunque la tuviese, ¿porque iba a darle yo ese dinero? Le ruego se vaya y olvidaré siquiera que ha entrado aquí esta mañana.
- Verá señor Vetti, se lo pido a usted porque sé que los tiene y sé que puedo contar con usted para ello, le observé mientras trabajábamos juntos en aquel edificio y sé que es un buen hombre y ese dinero es para una buena causa de la cual ahora no puedo hablarle. En su momento se lo explicaré y además ya le he dicho que le será devuelto hasta el último céntimo.

- Le repito que se largue ahora mismo o en serio que llamo a la policía - Pablo cogió el móvil y se disponía a marcar el número de emergencias cuando el desconocido se alejó unos pasos-.
- Está bien, volveremos a vernos señor Vetti, no le quepa duda.

El extraño señor Jaros salió por la puerta y Pablo quedó allí, sin poder mover un músculo, que cosas tan curiosas estaban pasando ese día. Se levantó y pidió a Paco la cuenta, realmente le habían quitado las ganas de continuar con su desayuno. El mundo está lleno de majaderos, pensó, 30.000 euros.

Al salir, buscó al desconocido, por los alrededores, pero no vio ni rastro de él, sintió un pellizco en el corazón y llamó a su hija, quería saber que estaba bien.

- Hola *Cuca*, ¿cómo está mi princesa?
- Hola Papi, bien, que sorpresa. ¿Ocurre algo?
- Nada hijita, solo quería decirte cuanto te quiero....eso es todo.

Se quedó más tranquilo al hablar con ella, después de ver al intruso, pensó que la seguridad de su hija podría estar en peligro, por eso la llamó.

Aunque era una chica muy responsable, no dejaba de verla como una niña. En una ocasión, cuando hizo un viaje escolar a Londres, tuvo el presentimiento de que algo le pasaba, algo malo. Llamó a su centro escolar y al ver que nadie cogía el teléfono llamó a su madre. Ella le confirmó que su hija estaba bien, que solo hacía unos minutos que había hablado con la nena, sin embargo su hija no contó hasta cierto tiempo después que estuvo a punto de ser atropellada. Tras esa experiencia, cada vez que tiene el “pellizco” la llama inmediatamente hasta quedarse tranquilo.

Se dispuso a bajar al Caixa Forum a ver la exposición de cuadros del maestro Sorolla y hacer tiempo para ver a Carol a las cuatro, poco sospechaba que lo que le iba a contar Carol era aún más extraordinario que lo que le había ocurrido esa mañana con Jorge Jaros.

=====

Si algo echaba de menos Pablo de Badalona era el mar, esa sensación de estar cerca del Mediterráneo era algo que añoraba desde la primera semana de estar en Madrid. Aunque su infancia transcurrió en una población cercana a Badalona y que al igual que Madrid no tenía mar, él se

iba siempre que podía a dejarse mecer por el rumor de las olas y emborracharse de brisa salada y húmeda.

En la exposición de Sorolla, su mente voló por entre las telas del maestro, se coló por las marinas que el célebre pintor Valenciano recreó... captando la luz, el color y hasta el sabor en cada pincelada. Extasiado recorría uno a uno los lienzos, adentrándose en ellos y jugando con los niños en *La Malvarrosa*, como cuando muchos años atrás, él mismo jugaba con sus hermanos en las contadas ocasiones en que sus padres les acercaron a la playa.

Le sacó del pequeño viaje temporal en el que estaba sumergido el sonido del wasap, miró quien era, y volvió a ver un nuevo mensaje de Carol; - Pablo, ¿dónde vamos a quedar?, te lo digo porque mi compañera de piso va a salir con el coche y así puede acercarme-.

Miró el reloj del móvil, aún faltaban unas horas para encontrarse pero si ella ya estaba preparada, podría comer con Carol en el "14 de Huertas", así que le pidió se acercase al barrio de las letras y él bajaría a buscarlos al Paseo del Prado.

Carol y su amiga llegaron media hora después, estaba radiante, con un vestido estampado bajo la gabardina, Pablo creyó excesiva esa prenda de abrigo para la temperatura que hacía, pero tampoco la conocía tanto

como para saber su índice de frío corporal. La amiga de Carol era una mujer de tez muy morena y pelo divertidamente rizado, hablaba el Portugués Brasileño que tanto gustaba a todo el mundo por su musicalidad. En sus estancias en Portugal, Pablo había llegado a distinguir perfectamente la diferencia entre el sonido seco y cerrado del Portugués de Lisboa y la musicalidad del Portugués Brasileño, personalmente se quedaba con el Portugués de Lisboa.

Dejaron marchar a la amiga de Carol y comenzaron a subir por Huertas.

- He pensado que podríamos comer en el “14 de Huertas” está bajo mi casa y realmente hacen muy buena comida, al menos casera.
- Genial. Quiero pedirte disculpas por si tenías otros planes, pero no podía esperar más para verte. Y no pienses mal, solo que he de contarte algo importante.
- No pienso nada, jeje – rio Pablo - y tranquila, estaba aquí mismo viendo unos cuadros.
-

Ángela, la mujer que mandaba, porque no se podía decir de otra forma, en el “14 de Huertas” era una Cordobesa de unos cuarenta años, toda dulzura y simpatía. Tenía una mirada que enseguida te hipnotizaba y era

capaz de hacerte comer lo que ella quisiera. Llevaban años viviendo en Madrid ella y su marido y no tenían hijos y por lo que a veces le había oído decir –Ni puñetera falta que hacen-, Manolo en cambio era un hombretón regordete y parlanchín que no te convencería ni de ir a buscar dinero con él. Había sido camionero en Granada y desde que quebró su empresa por la crisis, se establecieron en Madrid para garantizarse un salario. El local era de una amiga de Ángela, que en otro tiempo había regentado un negocio frente a la mezquita y se lo arrendó a ellos para ver si podían salir adelante. De momento no podían quejarse de cómo les estaba marchando todo.

Trajeron el menú, que al ser festivo, tenía algunas exquisiteces difíciles de ver entre semana. Carol pidió a Ángela que le aconsejara y ella le dijo que lo mejor sería que “cogiera un poco de tó”, con su gracia andaluza.

Finalmente escogieron Salmorejo y cochifrito, para hacer honor a esa Córdoba Judía, Cristiana y Mora que Ángela tanto quería.

- Me tienes muy intrigado Carol, ¿qué es eso que tanto te preocupa?
- Veras Pablo, no sé por dónde empezar, no me gustaría que me tomases por una loca.
- Mujer, eso no lo creo.

- ¿Recuerdas cuando entré anoche en *El Central*?, estaba muy asustada, y te vi allí solo, con ese aspecto de protector que tienes y no dude en sentarme a tu lado, sin otra pretensión que la de sentirme a salvo.
- Pero, ¿a salvo de que Carol? –interrumpió Pablo algo nervioso- ¿de un hombre?
- Peor, tenía miedo de lo desconocido. Ocurrió algo en el estanque de El Retiro de lo que aún estoy recuperándome.

Pablo no podía creer lo que aquella menuda chica le estaba contando, ¿qué habría visto o vivido para tener miedo de esa forma?

En ese instante llegó Manolo con los cuencos de Salmorejo y comenzaron a deleitarse con aquella salsa anaranjada y espesa coronada de jamón.

=====

Cuando salió del bar, Jorge se dirigió al estacionamiento de Atocha, iba mal humorado y muy cabreado, aunque en verdad no esperaba que aquel

hombre le soltase el dinero en el primer encuentro, si sabía cómo lo convencería. Llegó al coche y puso rumbo al hospital de La Paz.

Hacía unos cuantos años que estaba casado con Julia, una rubia explosiva que conoció en Barcelona, en una visita guiada a La Sagrada Familia. Julia, era una mujer extrovertida y muy simpática, sabía ganarse a las personas por su sencillez y sinceridad, la llevaba escrita en los ojos. En esa visita guiada, se conocieron, se miraron y a partir de ese instante comenzaron a soñarse cada día.

Julia tenía dos hijas de un matrimonio anterior y para Jorge pasaron a ser sus ángeles, eran felices y nunca pensaron en que la vida les pudiese dar algún golpe, cuando estás bien, feliz y en armonía total no piensas que la vida pueda voltearse y darte su peor cara.

Jorge trabajaba de mantenimiento en una contrata y durante los primeros meses del año coincidió en el traslado de las oficinas de la empresa donde trabajaba Pablo.

Allí estuvo unos meses y pudo enterarse de muchas cosas, con esa discreción que solo los buenos profesionales tienen. Allí pudo empaparse de las categorías profesionales y personales de todos y cada uno de los curritos y jefes de la empresa. También de la vida personal de muchos de ellos, entro otros de Pablo.

Una tarde, cuando Julia volvía de su trabajo en el ayuntamiento, se desvaneció delante del portal, cayó fulminada. Un transeúnte la ayudó a incorporarse y ella notó que algo en su interior ya no funcionaba igual, notó como en su cuerpo alguno de los órganos dejaba de estar perfectamente engranado a la cadena de su organismo.

Después de un sinfín de pruebas, un Doctor de las afueras de Barcelona dio con el mal que aquejaba a Julia, una enfermedad que estaba afectando a su corazón.

Le hablaron de médicos en EEUU, de un cardiólogo excepcional en Alemania, sin embargo, ella prefirió ponerse en las manos de su hermano, en el hospital de La Paz.

Ahora Jorge necesitaba una suma para costear el tratamiento, una irrisoria suma para muchos mortales, como Pablo, pero no para él y sus dos ángeles, 30.000 €.

Julia estaba en la cuarta planta, ya no parecía ni la mitad de lo que había sido. Llevaba ingresada más de un mes y poco a poco su corazón se debilitaba, más por no poder ver a sus hijas, que siguieron estudiando en Barcelona que por el mal que la aquejaba.

- Hola mi amor, ¿cómo está hoy mi muñeca?

- Jorge por Dios, ¿cómo voy a estar? Mira que eres tonto, pues igual, esperando a tu amiga de negro.
- No vendrá, ya lo sabes cariño, no se atreverá a venir mientras nuestros ángeles nos protejan.
- ¿Has podido hablar con él?
- Sí. Y como esperábamos no ha querido saber nada, incluso me ha amenazado con llamar a la policía. Ni tan siquiera me recordaba de las oficinas. Estos ricos son todos iguales, basura
- Pero Jorge, no sabe nada de mí ni de mi enfermedad, ¿cómo crees que reaccionarías tú?
- Julia, ha de acordarse de ti y si no es así, yo haré que no te vuelva a olvidar.
- Muy bien, ahora quiero descansar, estoy algo fatigada.

Se quedó medio adormilada en la cama, mirando el cielo azul a través de los cristales de su habitación y llegó a vislumbrar un rayo de sol por entre las nubes, un rayo que iba directo hacía Jorge, dándole un aire casi místico. Rio por la ocurrencia y a su marido le pareció que era la misma hermosa mujer que le cambió la vida para siempre.

=====

Volvía dando un paseo por *El Retiro* -comenzó a contar Carol- la tarde estaba cayendo y el parque se quedaba ya sin sus paseantes diarios. Yo tenía ganas de llegar a casa, no me gusta andar por ahí de noche, así que aceleré el paso.

Al pasar junto al estanque noté que el agua estaba removiéndose, no sé, era como si dentro del agua hubiese algo o alguien que se movía y lo primero que pensé que era alguna persona que podría necesitar ayuda. Miré hacia los lados por si alguien pudiese verlo también y echarme una mano, pero no había ni un alma. Me acerqué por la zona de la fuente, por detrás de las sillas y miré más atenta al estanque, estaba ya llegando al borde, y noté como el agua estaba de nuevo perfectamente en calma, por lo que pensé que fue una ilusión óptica y que la vista me jugó una mala pasada, así que decidí retomar el camino. De pronto, cerca del borde salieron unas manos de mujer, me quedé muda, de piedra, no podía ser, ¡¡alguien estaba dentro del agua!!.

Tras las manos salió una cabeza, era una mujer hermosa, con unos ojos oscuros hipnóticos, y una melena de pelo castaño y ensortijado. Se me quedó mirando y yo petrificada como estaba, no tuve tiempo ni de asustarme, tal era mi estado. Se elevó por encima del agua, estaba

desnuda, al menos hasta la parte que se iba viendo. Me indicó con las manos que me acercase, pero era imposible, tenía los pies clavados al suelo.

Se acercó ella hacía el borde y por un momento creí estar soñando, movió su cuerpo y creí ver como un halo plateado por detrás de ella, como si llevase un flotador de purpurina, pero me dije a mi misma que el miedo que me había paralizado, me estaba haciendo ver visiones, sin embargo, al llegar más cerca de mi vi claramente que su cintura se unía a una estela plateada.

Cuando apoyó sus brazos en el borde del lago, me indicó nuevamente que me acercase. Ahora si pude moverme y no me preguntes como, poco a poco, paso a paso, fui hacía ella. Me arrodillé y la miré fijamente, intentando comprobar que aquella mujer hermosa era real.

- ¿Cómo te llamas? – Me preguntó con una suave y dulce voz.

Acerté a decirle mi nombre, te juro que no sé cómo pude articular palabra, ella me dijo que se llamaba Agláope. Nos miramos fijamente y al escuchar un ruido tras de mí, se hundió temerosa en el agua.

Yo me quedé allí plantada, por un espacio de tiempo que no sabría decirte cuanto duró.... Miraba una y otra vez el agua, escudriñando la superficie y esperando que volviese a salir, pero nada de ello ocurrió, solo volví a la

realidad cuando una pareja me preguntó si me pasaba algo, entonces, como despertando de un hechizo, reaccioné y comencé a andar hasta que llegué al Central.

Pablo la miraba con mucho interés y no daba crédito a lo que estaba oyendo.

- Carol, ¿Qué hacía una mujer bañándose en el estanque de El Retiro casi de noche y en Septiembre?
- No es una mujer Pablo. Agláoipe es el nombre mitológico de una sirena, “La de la cara bella”.

Él no podía creerlo y ella se frotaba aún los ojos. Hubo un silencio largo, pesado, eterno que dejó paso a un simple suspiro, no había lugar a nada más. Pablo la miraba con cara como de recién levantado, como cuando los ojos se niegan a abrirse por querer estar otro instante cerrados.

- ¿Me quieres decir que quién te habló la otra noche era una sirena?
¡¡¡Esto es muy fuerte!!!
- Sé que no me crees Pablo, y yo misma me niego una y otra vez a creerlo, pero fue así, te lo juro. No estaba, borracha ni había tomado nada, era tan real como lo eres tú ahora.
- Pero Carol, en primer lugar y por lo poco que sé de sirenas, son una leyenda de los marineros, es decir, ¡del mar!. Además y como si eso

fuese poco, estamos en el Siglo XXI, no caben sirenas en Madrid.

Por favor, me tomas el pelo.

- ¿Qué ganaría yo con una invención así? Piénsalo por favor, solo que me tomases por loca, como por tu expresión creo que está ocurriendo. No tenía que haberte contado nada - se reprochó-

- Pero....-balbuceó Pablo- Me niego a aceptarlo, es una locura Carol.

- Te propongo algo, vayamos esta noche, los dos, y si vuelve a estar, me creerás y si no la vemos, lo tomaré por una alucinación mía.

¿Me acompañarás?

- ¡¡¡Joder!!! Claro que te acompañaré. Pero más para que veas que es imposible lo que crees que viste que para cerciorarme de lo contrario.

En ese instante Ángela se acercó toda solícita, y preguntó si querían probar uno de los dulces que hacía ella misma; los Cohombros, unos pequeños churros enmelados que se hacían en su casa desde hacía muchos años. Una receta pasada de padres a hijos. Dulces hechos con Harina, huevos, un poco de anís y miel y mucho, mucho cariño.

Ambos dijeron que sí, aunque no tenían el cuerpo para muchas “gracias”, la forma como aquella mujer les hablaba de sus dulces, hubiese convencido a cualquiera a tan siquiera probarlos al menos. La interrupción

de Ángela sirvió para cortar un poco la tensión después de lo contado por Carol, así que decidieron deleitarse con los dulces de Ángela y dejar para más tarde la conversación sobre Agláope.

=====

Pablo no sabía que pensar de lo ocurrido ese día, tanto la revelación de Carol, como el encuentro con Jorge, le habían sacado de su rutinaria vida y no sabía cómo iban a seguir los acontecimientos. Lo que estaba claro era que; O el mundo se había vuelto loco, o las estrellas estaban alineadas para hacerle vivir lo inexplicable.

Pensaba en su hija que en breve vendría a Madrid como en su anterior cumpleaños, para visitarlo. No quería ni pensar en que lo encontrase en compañía de semejantes personajes. Un tipo que pide 30.000 € tan solo porque lo conoce de su trabajo y lo considera buena persona y como los necesita, pues, que mejor que pedirlos. Y una mujer que ve sirenas en El Retiro

Su hija, estaba casada no hacía mucho con un buen hombre que la adoraba y la cubría de mimos. Ella con un carácter fuerte, era en ocasiones inaguantable pero él tenía esa sensibilidad especial que hacía

que hasta el peor de los enfados acabasen por ser simplemente una riña sin importancia. Pablo lo admiraba por eso y por muchas cosas más que él ignoraba.

El año anterior su hija vino sola, en el AVE, para pasar unos días y así celebrar su cumpleaños, cosa que fastidiaba solemnemente a Pablo que no gustaba de celebraciones ni fiestas en su cumpleaños. Pero lo que decía su hija iba como se dice "A misa", así que no hubo manera de negarse.

Fueron al triángulo museístico y a pasear por las principales calles de Madrid y lo pasaron muy bien. Como la echaba de menos y sobretodo como quería a aquella criatura.

Ahora, frente a Carol, pensaba en todas esas cosas y no quería ni por un momento creer que pudiese ser cierto nada de lo que ella le había contado.

En otra parte de la ciudad, otro hombre también pensaba en sus hijas, o mejor dicho en las hijas de su querida mujer y en cómo les iba a decir que no estaba consiguiendo el dinero que necesitaban para salvar la vida de su madre. Otro hombre, con un corazón roto por el dolor y la angustia que se dirigía a su casa a no sabía bien que hacer ante la desesperación.

=====

La noche no tardó en llegar, en un paseo por el Jardín Botánico, entre árboles ilustres y parterres de flores marchitas, una vez se instaló el adelantado otoño. Una excitación inusual recorría el cuerpo de Carol, expectante por volver al estanque, esta vez acompañada de Pablo, no temería nada de la sirena, si es que se presentaba.

Anduvieron aún un trecho hasta llegar al retiro y comenzaron a subir en busca del estanque. A esas horas, solo se veían algunas parejas entre los árboles o en los bancos y sobretodo gente corriendo, haciendo deporte por el pulmón de Madrid.

Conforme se acercaban al estanque, más excitación sentía Carol. Deseaba agarrarse al brazo de Pablo, pero se sintió cortada de hacerlo y caminó junto a él hasta situarse en la fuente que corona el estanque. Había tres chicos contando anécdotas sentados al borde y parecían no tener muchas ganas de marcharse, el agua estaba tranquila y oscura como el mismo cielo.

Carol y Pablo se sentaron en uno de los bancos para esperar que anocheciera pero sobretodo, para esperar quedarse solos.

- He de decírtelo o reviento Carol, no creo que aparezca nadie en ese estanque, y menos una sirena.
- Créeme yo también lo considero una locura, pero por favor, esperemos un poco. La vi perfectamente y el nombre, ¿qué me dices del nombre?, ¿piensas que conozco los nombres mitológicos de las sirenas?
- La verdad es que no sé qué pensar, todo está ocurriendo muy deprisa, te conozco hace dos días y mira donde estamos, a orillas del lago de El Retiro ¡¡esperando que aparezca una sirena¡¡

Se hizo un silencio incómodo, Carol se sentía muy mal por lo que estaba pensando de ella Pablo, pero tenía que demostrarle que lo que vio era real y averiguar qué es lo que podía hacer por aquella criatura.

Los muchachos, cansados de hacer tonterías, marcharon por fin, ocupados con sus móviles y riendo a carcajada sin ningún motivo aparente.

Aprovecharon para acercarse al borde del agua sin perder tiempo y esperaron a que algo ocurriese. Cinco minutos, diez, veinte....no ocurría nada dentro de aquella masa oscura de agua.

Pablo, impaciente ya, estaba a punto de desistir y decir a Carol que todo era fruto de su imaginación y ella, esperaba un milagro. Y ocurrió, desde el mismo centro del estanque, se alzó la figura perfectamente moldeada de Agláope, esta vez sí pudieron ver su hermosa cola plateada y ambos quedaron atónitos y boquiabiertos.

Sus cuerpos rígidos, sus ojos como si fuesen a salirse y en un acto instintivo, se cogieron de las manos, en una pose caricaturesca de una pareja. La sirena, se fue acercando hasta ellos, despacio, moviendo graciosamente su cola de pez, cuando estuvo a su altura, les susurró....

- Buenas noches, bienvenidos a mi casa. ¿Eres Carol verdad?, veo que además de volver a verme te has traído compañía.

Aunque querían hablar, nada salía de sus gargantas, tal era el shock que tenían.

Era un ser realmente hermoso, los ojos marrones hipnotizaban con solo mantener la mirada unos segundos, la piel era clara y perfecta. Unos labios carnosos auguraban besos pecaminosos y el cabello, que Carol describió como ensortijado, era en realidad una cascada de pelo castaño

que cubría unos pechos simplemente perfectos, el sueño de cualquier mortal hecho realidad.

Cuando Pablo pensó en ello, despertó de repente, con esa precisa frase, un sueño hecho realidad, que estaba pasando, ¿era una alucinación colectiva de ellos dos?, ¿solo la podrían ver ellos?, ¿cómo había llegado allí?, las preguntas se agolpaban en su cabeza.

- Dinos una cosa, ¿esto es un truco de magia? ¿Tú no eres real verdad?, no puedes serlo!!!- Exclamó Pablo-.
- Nada de eso, soy real y estoy viva, en realidad hace muchos años que vivo aquí.
- ¡¡Pero eso no es posible!! Es un lago de agua dulce, es Madrid y estamos en el Siglo XXI, no puedes ser una sirena.
- Es una larga historia que sin queréis os contaré, pero hoy no puede ser. El domingo viene muchas parejas y si me ven peligraría mi existencia que se mantiene en secreto desde hace muchos años.
- ¿Por qué yo?, ¿por qué nosotros? - preguntó Carol, parecía que ahora sí les salía las palabras-.

- Te vi a través del agua, creo que eres un ser angelical y hacía tanto tiempo que no hablo con nadie, que me decidí a salir. Espero guardéis el secreto y vengáis a verme otra noche.
- Claro que volveremos, me gustaría hacerte tantas preguntas, pero dime, como sé que eres real, que no eres un truco.-Pablo estaba inquieto como un colegial-

En ese momento, Agláope saltó del agua hasta el borde del estanque, se notaba que era un gesto que hacía en ocasiones por la destreza que tuvo al colocar la cola, a la luz de las farolas del parque, se veían las escamas plateadas tan brillantes como los espejos relucientes de una lámpara de cristal de Bohemia. Le hizo un gesto a Pablo y éste se acercó colocando suavemente la mano. Notó la textura resbaladiza y gelatinosa de la extremidad que no le gustó del todo, pero que le bastó para saber que aquella criatura era real, tan real como él mismo.

La sirena, volvió al agua al instante y se despidió moviendo la mano en un saludo casi infantil. Se hundió y desapareció ante los ojos de ambos.

Después se hizo el silencio, un silencio tan negro y denso como el agua del lago.

=====

- Buenos días, ¿me pasa con el señor Pablo Vetti por favor?
- Si un momento, ¿de parte de quién?
- Soy Jorge Jaros.

La recepcionista anunció la llamada a Pablo y colgó el teléfono;

- ¿Otra vez usted?, ¿Cómo ha dado conmigo? Ya le dije que desapareciese de mi vista.
- No se exalte señor Vetti, o mejor le llamo Pablo, al fin y al cabo nos conocemos ya hace un tiempo. El dinero que le estoy pidiendo es por un problema de vida o muerte y además –Sopesó las palabras antes de decirlas- Casi se lo debe a la persona a quién va destinado.
- Mire, no entiendo nada de lo que me está diciendo, tengo una reunión en 5 minutos y no puedo perder más el tiempo con usted. Por favor, olvídeme y no vuelva a molestarme.
- Está bien Pablo, no le molestaré más por hoy, solo le voy a dar un nombre, Julia Terra.
- ¿Julia?, ¿qué tiene ella que ver con usted?

- Creo que empieza a interesarse, me gustaría poder contarle toda la verdad, pero debe ser usted Pablo quién quiera escucharme.
- Está bien, hablemos- Mil y un recuerdos pasaron por delante de Pablo, Julia...- Esta tarde le espero en el hotel NH Sur, frente a la estación de Atocha.
- De acuerdo, allí estaré a las cinco.

Pablo se quedó mirando al infinito, con el auricular aún en la mano, Julia... ¿que querría decir ese hombre sobre ella? Dejó el teléfono y se fue para la sala donde el equipo lo esperaba para tratar temas de la próxima campaña, se acercaba el invierno y era una buena temporada para su producto, siempre se cuestionó por qué la gente utilizaba más papel higiénico en los meses de frío, ¿irían más al lavabo?.

Aunque realmente sus pensamientos estaban en otra parte, en medio de las aguas del estanque, clavados en los ojos de Agláoipe. No había podido pegar ojo, la veía constantemente. ¿Era real todo aquello? Había pensado ir durante el día para verificar que no se tratase de algún bromista nocturno o un show para atraer turistas.

Después de la reunión, en la que participó poco para lo que acostumbraba a hacer normalmente, entregó el informe que días antes le había pedido

Lola y que no pudo entregar y salió para almorzar en el “14 de Huertas”, cerca de El Retiro y del hotel donde había quedado con aquel tipo misterioso que le hablaba en presente de su pasado lejano.

Entró en el metro y fue mirando uno a uno a los ocupantes de su vagón. Sabrían, ¿sospecharían siquiera aquellas personas el giro que su vida había dado? ¿Podrían pensar por un momento que junto a una mesa en un local, pudiese estar escondido el mayor de los secretos del mundo?, suponiendo claro está que Agláope existiese.

Salió del metro y caminó un poco antes de llegar de nuevo al lugar donde la noche antes le fue entregado el tesoro mejor guardado de la historia y entonces se hizo la misma pregunta que le había hecho Carol a Agláope; ¿Por qué yo?.

No era un soñador, no era una persona que pudiese encajar en un cuento como aquel y sin embargo, ¿porque el caprichoso destino lo había escogido a él entre tantos millones de seres humanos?

Se sentó en un banco frente al lago, miró centímetro a centímetro el agua estancada, ahora llena de barcas y gente bulliciosa. Intentó explorar con los ojos el fondo, pero era imposible, no había ni rastro de una sirena ni nada que se le pareciese y hasta esta reflexión lo hizo sentirse como un

auténtico idiota, así que se fue de nuevo paseando hasta llegar al bar donde Ángela ya tenía preparada la comida que hacía que toda la calle Huertas oliese a Córdoba.

- Pablo, ¿vas a comer hoy con nosotros?
- Hola Manolo, sí, hoy tengo algo de prisa y prefiero comer con vosotros.
- Tú lo que quieres son los guisos de la Ángela, que son para después hacer una siesta de tres horitasjii
- Pues hoy va a ser que no Manolo, ya te digo que llevo prisa.
- ¿Vendrá tu amiga?, ya sabes, la morena.
- ¿Carol?, no, me temo que no vendrá. Hoy comeré solo.

Hasta ese momento no había vuelto a pensar en Carol, no habían hablado nada desde la noche anterior y no sabía muy bien como reconducir aquello. Pensó en llamarla por la noche, cuando llegara a casa después de hablar con Jorge.

Así que se dispuso a comer, mientras ojeaba el *Marca* y escuchaba de fondo la voz de Ángela canturreando en la cocina.

=====

Carol estaba en la cama aún, se despertó como si hubiese estado bebiendo durante un siglo. Le dolía la cabeza y aún no era capaz de centrar la vista sobre la lámpara floreada que culminaba su dormitorio. Se encontraba bien en aquel piso, el hecho de que su compañera fuese brasileña le daba la oportunidad de hablar su idioma natal, aunque su verdadero deseo era ir a vivir sola algún día.

Hacía unos meses que terminó los estudios de filología en la universidad de Lisboa y quería dedicarse a la docencia y en concreto a dar clases de Portugués, si bien, era un idioma minoritario con respecto al Inglés, cada día más se estaba requiriendo en grandes empresas para los trabajadores que se desplazaban a Portugal o Brasil.

De momento daba algunas clases diarias, lo que le permitía tener un ingreso fijo mensual y una cierta libertad de horarios.

Desde que le ocurrió el incidente en El Retiro, estaba más distraída y pensó que en las clases, los alumnos lo acabarían por notar, aunque también estaba Pablo, aquel hombre le gustaba de verdad y estaba dispuesta a intentar conquistarlo, por lo que podría muy bien justificar y

justificarse que lo único que le ocurría era que su corazón comenzaba a ponerse en marcha.

No era una mujer muy experta en el amor, había tenido un par de novios en Portugal y eso para una mujer de su edad no era ningún bagaje, y pensó que Pablo parecía ser un buen candidato a llenar un poco más la lista.

Ese día no tenía clases hasta la tarde y pensó en llamar a Pablo por si le apetecía comer con ella, aunque desestimó la idea cuando su compañera le dijo que la llevaba al centro a ver algo de ropa. Aprovecharía para comprarse algo de ropa nueva y comerían juntas.

Así que se quedó entre las sábanas, pensando en todo lo acontecido y confió en que Pablo la llamaría en algún momento del día para hablar.

Se consideraba una mujer atractiva, y sabía sacar partido de las partes del cuerpo que más le favorecían, así que compraría ropa nueva, algo desenfadado y que realzase su belleza. Obviamente le pediría consejo a su amiga y compañera de piso, que si bien era bastante más joven, no tendría el menor problema en decirle que “trapos” le favorecía.

=====

No era casualidad que Pablo escogiese el NH Sur, era un hotel que conocía muy bien de la época en la que viajaba semana si y semana también a Madrid. A veces por cuestiones de trabajo y otras, simplemente por el placer de moverse por las calles del viejo Madrid.

Cuando entró, saludó al recepcionista y se instaló en el pequeño hall que por las mañanas hacía de comedor. Se encontró con la chica que tantos desayunos le había acompañado.

- ¡Pablo! ¿Qué haces por aquí? Hacía mucho que no te veíamos.
- Hola Raquel, sí, hacía mucho que no venía a saludar y viviendo aquí cerca es una desconsideración por mi parte...
- ¿Vives ahora en Madrid?, pero bueno....no tenía ni idea.
- Pues sí, me destinaron hace un año aproximadamente y desde entonces estoy viviendo aquí. Tenía que haberme pasado, pero ya sabes cómo van estas cosas....
- Claro, y ¿a que se debe tu visita hoy?
- Tengo una reunión con un hombre, no tardará en llegar. ¿Podremos tomar alguna cosa Raquel?

- Sin problemas, avísame cuando llegue y os pongo algo. Me alegro mucho de verte de nuevo y has de venir un día solo para ponernos al día
- Te lo prometo. No lo dudes.

La muchacha se fue por la puerta trasera y por la principal entraba Jorge, traía un semblante serio, cansado y parecía más viejo que cuando Pablo lo vio por primera vez, aunque solo habían pasado unos días.

Se acercó y se saludaron con un apretón de manos, Pablo notó que Jorge tenía la mano fría, era una mano frágil y difícil de apretar sin tener el temor de romper algún hueso.

Fueron hacía dentro del Hall y se sentaron junto a una mesa apartada, discreta. Raquel llegó de inmediato, como si hubiese estado espiando tras la puerta.

Pidieron unas cervezas y se miraron durante un momento, fue en ese instante cuando Pablo recordó a aquel hombre. Era el que estuvo haciendo la instalación eléctrica en el nuevo edificio de oficinas que compró la empresa en Barcelona y donde trasladó a varios operarios desde la sede anterior.

La mirada era, al igual que sus manos fría y sin expresión, como apagada.

- Bueno, pues usted dirá. Me habló de Julia. Quiero que sepa que ese es el único motivo por el cual estoy aquí.
- Verá, Julia y yo hace años que estamos casados. Entiendo su sorpresa- dijo cuando vio a Pablo abrir los ojos y ponerse tenso en la silla- y se todo lo que hubo entre vosotros. Ella me lo contó, nunca me ocultó lo vuestro y yo se lo agradezco. La casualidad llevó a que yo trabajase en tu misma empresa y le hablase a Julia de un tipo que parecía muy buena persona y que trabajaba muy duro en aquel despacho. Ella me dijo quien eras y que te conocía bien, que fuisteis compañeros de colegio y que años después, en un reencuentro, estuvisteis juntos una temporada.

Eso pasó antes de que yo la conociese y aunque no hubiese sido así, el amor que le tengo supera cualquier cosa.
- Para un momento, tú eres el marido de Julia –comentó Pablo tuteando también a Jorge-, muy bien. Ella tiene dos hijas y supongo que tú tendrás alguna o alguno también y sois muy felices todos.

¿Qué tiene eso que ver conmigo?
- Pablo... Julia se está muriendo.

Hubo un silencio pegajoso, molesto. Pablo no sabía que decir. En unos segundos, llegaron a su mente imágenes de ambos correteando por la playa de Badalona, llorando viendo alguna película de las que ella denominaba “ñoñas” pero que a él le encantaban o en el *Línea Uno* un “bareto” con aspiraciones de Pub que llevaba de forma magistral un amigo de ambos, de la época del colegio.

La vida era tan injusta, pensó.

- Muy bien Jorge, Julia está enferma, ¿qué puedo hacer yo?
- Está aquí, en La Paz, llevamos un tiempo en el hospital esperando un milagro. Tiene una extraña dolencia cardiaca que necesita un tratamiento especial. El tratamiento cuesta 30.000 €. Julia hace mucho que dejó de trabajar y yo, de momento no me van del todo bien las cosas.... Y están las niñas.
- Pero, ¿cómo os voy a dar yo ese dinero? Entiendo que tengáis una situación desesperada, pero yo no os lo puedo dar.- Aunque Pablo estaba diciendo estas palabras, sus ojos se comenzaron a llenar de lágrimas- ¿Ya habéis recurrido a los bancos?
- Eres nuestra última opción, ella cree que nos lo dejarías sin más, por lo que llegaste a sentir, pero creo que está equivocada. ¿Vas a

hacer que te suplique? Se me va Pablo, a mí, a nuestras hijas, a ti.

Todo por 30.000 €.

- Pero eres injusto, no puedo darte esa suma solo porque tuvimos un romance hace ya muchos años.
- Por favor, ve a verla, solo te pido eso, ve a verla y después decide.
- ¿Sabes lo que me pides?

Jorge sabía que era su última esperanza, si él la viese, quizás cambiase de opinión. Era su baza, su baza definitiva.

- Está bien, iré a verla y la convenceré de que recurra a otra parte a solicitar ese dinero ya que tú no quieres escuchar. Si puedo esta semana, me acerco a La Paz y hablo con ella.
- ¡Esta semana no! Ha de ser hoy mismo, quién sabe si durará toda la semana.
- Vale, no me presiones. Iré en cuanto pueda, pero sácate de la cabeza que pueda daros ni un euro. Ahora he de marcharme, tengo otras cosas que hacer.

Llamó a Raquel y abonó las consumiciones. Se despidieron en la puerta y Jorge se internó en el metro. Pablo comenzó a mirar el monolito de cristal que conmemora la matanza del 11-M y pensó cuan injusta es la vida, venga la muerte de donde venga.

=====

Sonó el móvil.....uno, dos, tres, hasta cuatro pequeñas campanadas anunciaban los wasaps que habían entrado en ese instante. Pablo sospechaba de quien serían, no había hablado con Carol en todo el día, pero después de la conversación con Jorge la verdad es que no le quedaban ganas de hablar con nadie.

Estaba en casa, sentado en el sofá y mirando por la pequeña apertura que quedaba entre las cortinas de color violeta de su comedor, miraba la calle desde allí y las imágenes pasaban por delante una y otra vez. La pequeña Julia, con aquellas coletas, jugando con él en el viejo colegio. Eran inseparables, hasta que en mitad de séptimo de E.G.B, su madre lo sacó de aquel colegio para pasarlo a otro público, más barato, más grande más frustrante.

Julia era una niña dulce y graciosa, llena de vidas, podía ser la más lista de la clase o la más olvidadiza según le apetecía ser ese día... y ahora, una maldita enfermedad atacaba ese grande, enorme corazón. Cuando se reencontraron en la reunión de compañeros de colegio, sintió que las mariposas habían estado durmiendo 30 años, que no habían muerto y se preguntó cómo era eso posible.

Quedaron para cenar una noche y con eso bastó para que sus manos se entrelazaran de nuevo, bastó para que sus ojos volviesen a decir lo que sus bocas no se atrevían y bastó para iniciar una pequeña relación, intensa e inolvidable que acabó cuando ambos decidieron que los recuerdos ya no daban para más y que la vida había cambiado, que jugaron a ser niños de nuevo pero la vida los había hecho desgraciadamente ya adultos.

¿Qué debo hacer? Se preguntaba una y otra vez. ¿Podría ser tan egoísta de dejar morir a aquel amor de la niñez solo por guardar un poco de dinero o cedería al cariño que le tenía a aquella mujer con coletas?

Le sacó de sus pensamientos el sonido del wasap nuevamente. Cogió el móvil y vio que efectivamente era Carol, pensó que sería mejor llamarla antes de que se lo bloquease.

- Hola guapa.... Perdona pero he tenido un día terrible

- Hola Pablo, perdona si insistía...quería saber cómo estabas
- Bueno... ya te digo que no ha sido uno de mis mejores días, pero bueno.... ¿Qué tal el tuyo?
- Muy bien, de compras con mi compañera de piso y después mirando internet, ya sabes...
- ¿Buscando cosas sobre Agláope?
- Sí, efectivamente tenías razón y estos seres mitológicos son marinos, dicen que eran hijas del río Aqueloo y de una de las musas, podrían ser (Melpómene, Calíope o Terpsícore). De su padre, el río, heredaron la afición a las aguas marinas y de su madre, cualquiera que esta fuese, su afición al canto.
- Vaya, veo que has aprovechado el tiempo. Yo aún estoy digiriendo el encuentro y te juro que sigo sin poder creérmelo. Además hoy he tenido un encuentro no muy grato con una persona y si te digo la verdad no he pensado mucho en ello.
- Oye, ¿quedamos para cenar y te cuento?- Carol deseaba volver a ver a Pablo, estrenar algo de lo que se había comprado y estar junto a él- puedo pasarme por *el 14 de Huertas*.

- Si no te importa, mejor otro día. Ya te digo que ha sido un día duro y prefiero descansar –Pablo creyó oír un lamento al otro lado del teléfono-
- Está bien, como tú quieras, aunque quizás un poco de compañía te iría bien- Comentó Carol esperanzada de que cambiase de opinión-
- No Carol, en serio, no es buena idea. Mejor mañana te llamo y nos vemos por la tarde.
- Ok, no insisto más. Pero si me necesitas, no dudes en decirme algo.
- Sí no te preocupes. Buenas noches Carol.
- Buenas noches.

Continúo sentado en el sofá, y ahora que había colgado se estaba arrepintiendo ya de no haber aceptado la oferta de Carol. Seguro que su compañía le hubiese hecho mucho bien.

Así que decidió bajarse al *14 de Huertas* y después iría al estanque.

Caminaba a cortos pasos, como si tuviese miedo, pánico. Sin embargo era otra sensación la que sentía- Una infinita curiosidad se unía al desasosiego de estar cerca a esa criatura, hermosamente salvaje y salvajemente hermosa.

Oscurecía ya y poco a poco el parque se iba desalojando, despoblando de aquellas personas que encuentran en él un refugio, un escape a sus rutinarias vidas.

En el lago solo había unas parejas, por lo que pensó que era demasiado pronto para que ocurriese el acontecimiento que lo había traído. Decidió acercarse al otro lago, el pequeño que está frente al *palacio de cristal*. Allí había aún si caben más parejas, sentadas en el césped, aunque la temperatura no era desagradable, se notaba ya las brisas frías del otoño madrileño. Estuvo contemplando el gran chorro de agua que emerge desde el fondo y pensó en ella, en Agláope y en su vida. ¿Cómo sería su vida en el agua?, ¿De qué se alimentaría?, ¿Por qué ella podía sobrevivir en agua dulce? Pero la mayor de las preguntas, la que no tenía aún respuesta en una mente como la suya era, ¿Existe una sirena en Madrid? Después de unos minutos llenando su cabeza con todas esas preguntas, se dirigió de nuevo al estanque y esta vez, solo quedaba ya una pareja sentada frente a la estatua. Él se colocó en la parte opuesta, sentado sobre el filo que rodea el lago. Miraba al cielo, tenía miedo a mirar el agua y verla aparecer. Por unos momentos, pensó en irse, ¿qué hacía realmente allí? Podía estar con Carol, una chica normal y sin embargo, ¡estaba pendiente de una sirena ¡

Las tardes otoñales de Madrid le gustaban mucho a Pablo, se quedaba horas mirando el cielo, como cambiaban los tonos... ahora rosa, ahora lila, ahora naranja. La paleta de Dios le gustaba llamarlo.

De pronto, el agua se agitó a su espalda, sintió que la piel se le erizaba.

Notó ansiedad, ganas de salir corriendo, pero sin saber cómo, se quedó petrificado.

La pareja aún estaba allí por lo que no podía ser ella, solo los peces, pensó.

Pero lo oyó, claramente, oyó el canturreo de una de sus canciones preferidas. Alguien cantaba "*The Reason*" y solo podía ser ella.

Esa canción la escuchó Pablo la primera vez en un anuncio de tónica en la televisión. Le gustó mucho el tema y lo buscó en internet. Estuvo todo un día oyendo la canción, hasta que prácticamente se la conocía de memoria.

Luego, la puso como canción "chutavida" que le gustaba decir a Pablo, era la canción que cada mañana, al salir de la cama, ponía en su vieja cadena HI FI Pioneer y escuchaba mientras se aseaba, era su chute de vida para salir a comerse el mundo y ahora, alguien desconocido la estaba canturreando a su espalda....

Se giró por fin y miró hacía donde se oía el canturreo, a pocos metros de él. Tenía que ser ella, con esa voz fina, dulce, melosa... se sentía como

hipnotizado, sin poder pensar, ni sentir nada más que aquellas palabras cantadas.

Ahora la podía ver, sus bonitos ojos o miraban directamente, su pelo mojado y su frente brillante por el efecto del agua, los labios, rosados y carnosos se movían al soniquete de la balada- Creo que más que una sirena, es un ángel- pensó Pablo. En ese instante, la pareja que estaba sentada junto a la estatua, comenzó a marcharse.

Agláope se acercó al borde, miró a Pablo y le comentó en un susurro;

- Buenas noches Pablo- Dejando alargar la “O” final deliberadamente-
.
- Hola – Contestó Pablo casi en un susurro-
- ¿Qué te trae por aquí?-

Parecía que Agláope hiciese la pregunta con la mayor naturalidad del mundo, como cuando vas al mercado y la dependienta, tras saludarte, pregunta por tu familia. Pero en este caso es una sirena quién hace la pregunta.

- ¿Qué crees que me puede traer por aquí? Tú obviamente. Eres un misterio, algo que me ha dejado sin dormir e incluso casi sin vivir desde que te vi.
- Te entiendo, es difícil creer que existo.
- NI aun viéndote, doy crédito a mis ojos. Y además se me agolpan tantas preguntas, como por ejemplo: ¿Cómo conoces mi canción favorita?
- Simple casualidad. Es una melodía que se escucha por aquí, debe ser alguien que la canta....
- ¿Y que quieres de mí Agláope?
- Todo.

Pablo no salía de su asombro, aquel ser que saltó de la literatura fantástica al estanque de El Retiro, quería todo de él, pero que sería ese “todo”. ¿Acaso le necesitaba para recuperar una forma humana? Se mostró inquieto cuando le preguntó;

- Agláope, ¿Qué puedo darte yo? Y ¿Por qué no me cuentas como has llegado aquí?

- Pablo, llevo muchos años aquí y un día, no dentro de mucho tiempo, podrás conocer toda mi historia.
- ¿Dentro de no mucho tiempo?-Inquirió suplicante-
- Si, llegará ese momento, ese día en el que pueda hacerte ver toda mi vida. Aunque primero quiero saber de ti. Cuéntame quien eres...

Se acercó más a ella, tanto que casi se cayó al agua, Agláope comenzó a reír, era una risa infantil, que sonaba, al igual que la melodía anterior, a música celestial...le envolvía y le hechizaba.

Pablo comenzó a contar que estaba en Madrid desde hacía un año, que tenía una hija maravillosa que vivía lejos de allí, y que su vida se centraba prácticamente en su trabajo y sus hobbies que eran leer y la fotografía.

Le contó que aunque era un romántico por naturaleza, no había tenido mucha suerte en el amor.

Mientras le iba hablando, su mirada se posaba en la dulce belleza de la sirena. Los ojos castaños evocaban el color de la miel, del ámbar cayendo líquido de los árboles. La mirada de Agláope era la más tierna que había contemplado nunca, pensó que esa criatura no podría hacer daño nunca a nadie. Sus mejillas sonrosadas y sus labios, eran un conjunto armonioso de textura y color sacado de cualquier lienzo del cercano museo del Prado.

Se daba cuenta que podría morir en ese instante rebosante de paz, tal era la calma que le transmitía.

Continuó con el relato de su vida, pero hacía ya tiempo que solo podía mirarla a los ojos, perderse en ellos, era como si todo a su alrededor se hubiera evaporado, solo existían los dos puntos de ámbar.

Agláope, sacó de la chistera una sonrisa, un arma mortífera porque Pablo ya no podía pensar, ni hablar, ya no era él.

Se acercó a la boca de la muchacha, podía sentir el aliento, notaba el frío de su rostro, la humedad de su piel. Rozó sus labios y en ese instante, el mundo se paró.

=====

Jorge esperaba nervioso en la puerta de la habitación. Pablo le había llamado y confirmado que esa tarde pasaría por el hospital. Julia también estaba nerviosa, hacía mucho tiempo que no lo veía y ella no estaba precisamente en su mejor momento, aunque intentó arreglarse todo lo que pudo.

Su historia hacía mucho que había terminado, pero siempre había amado a ese hombre y lo recordaba con mucho cariño. Desde que lo tenía como compañero en clase y se pasaba las horas dibujando corazones con su nombre, aunque él, niño inquieto y travieso, ni tan siquiera lo sospechara.

Después, un poco el azar y la suerte hizo que se reencontraran en una reunión de compañeros del colegio que otro de aquellos niños empollones y repelentes había conseguido montar.

No iba a ir, pero algo le dijo que estaría él y pudo más las ganas de verlo que el cansancio que ya llevaba encima, ignorando aún que era el inicio de aquella maldita enfermedad.

En la reunión, se presentó vestido como cuando era un adolescente, el crío que ella recordaba, no había cambiado nada. Parlanchín y simpático, era sin quererlo el centro de la fiesta. Ella lo miraba embelesada como si los años no hubiesen pasado. Se dieron el teléfono y al poco, después de una cena, fueron a su casa, donde Julia vivió los más intensos momentos de placer de toda su vida.

Poco a poco, se dieron cuenta que solo había sido la materialización de un sueño, pero que sus vidas poco o nada tenían en común, así que lo dejaron y se distanciaron, quedando en Julia un vacío infinito.

- Ya está aquí- anunció Jorge-

Pablo subió las escaleras y se acercó a la puerta de la habitación. Entró y saludó en primer lugar a Jorge que estaba a los pies de la cama, después, se volvió hacia ella y tuvo que hacer un esfuerzo mayúsculo para no ponerse a llorar allí mismo.

Julia estaba medio incorporada en la cama, prácticamente sin cabello, aquel cabello rubio que él tantas veces había acariciado. Los ojos hundidos y la falta de luz en las pupilas, anunciaban un final espantosamente próximo.

- Hola Julia, ¿qué tal estás?-le comentaba mientras se acercaba a darle un beso en la pálida mejilla.
- Hola Pablo, he tenido momentos mejores. Aunque estoy esperando a que pase el médico a ver si me deja ir esta tarde al cine.-
Sonrieron ante la broma de Julia que no había perdido el sentido del humor aún en esos momentos difíciles.
- Creo que voy a ir a tomar un café – comentó Jorge - Os dejo hablar de vuestras cosas.
- No te vayas si no quieres cariño - Le dijo Julia –

- Sí, me apetece salir un poco a tomar el aire y así os dejo tranquilos.
Aprovecharé para llamar a las nenas.
- Está bien, como tú quieras.

Jorge salió de la habitación y Pablo se sentó en la silla que había junto a la cama. Se resignaba a creer que aquel ser humano era Julia Terra de coletas rubias.

- Es un cielo de hombre y me adora, a mí y a las niñas.
- Eso me ha parecido Julia.
- Dime Pablo, ¿qué es de tu vida? ¿Te has vuelto a casar?
- No, jaja. No he pensado en ello ni un momento. Estoy bien en Madrid y con mi nueva vida.
- Estás enamorado, me lo dicen tus ojos, y esos mi querido amigo, nunca han podido mentirme.
- Jeje, nada de eso Julia, no estoy enamorado, vaya tontería- Pero algo hizo temblar a Pablo cuando recordó el estanque.
- Mira, voy a ser muy sincera y voy a ir directa al grano. Me estoy muriendo. Mi hermano está en este hospital y me ha dicho que en unos meses estaré mejor, pero es mentira. Los he oído hablar

mientras me hacía la dormida y me queda poco ya en este mundo.

Le dije a Jorge que te buscara, porque yo sabía por nuestra amiga

Marga que te habían trasladado aquí. Sé que es cuestión de dinero

y solo tú puedes ayudarme.

- Julia, yo....

Pablo no supo que decir, esa mujer le estaba poniendo la vida en sus manos, ¿cómo podía negarse? ¿Cómo podía negar la posibilidad de vivir a quien en otros tiempos compartió su propia vida? No sabía qué hacer, y en ese momento, recordó un hecho ocurrido tiempo atrás, mientras ayudaba en la parroquia como voluntario. Fue un verano que era especialmente caluroso, aquella tarde le tocaba repartir alimentos a un grupo de inmigrantes. Apareció una chica joven, con tres niños, uno de ellos con muy mal aspecto. Le preguntó que le pasaba y la chica contestó que hacía varios días que no comía.

Se los llevó a su casa y los tuvo con él hasta que aquel pequeño niño, volvió a sonreír.

Recordó la satisfacción que sintió porque él, una simple persona, había podido ayudar a otro ser humano. En ese momento supo lo que debía hacer.

- Julia, necesito hablar con tu hermano.
- Gracias Pablo – y ambos se abrazaron llorando como cuando eran tan solo dos pequeños diablos-

=====

Carol marcó el número de Pablo, quería hablar con él. Hacía dos días que no sabía nada y empezaba a preocuparse. Si bien en una amistad tan corta, nada se puede pedir, ella necesitaba al menos saber que estaba bien.

- Hola Carol.
- Hola Pablo, ¿Cómo estás? Hace días que no sé nada de ti.
- Perdona pero es que no paran de ocurrirme cosas y realmente te debo una disculpa.¿ Dónde estás? Podemos hacer un café
- Genial, precisamente ahora iba para el centro con Paula. Le digo que me deje cerca de tu casa y nos vemos en el Central.
- Muy bien, yo ya voy para allí.

Pablo sabía que no se estaba portando bien con Carol, pero ¿cómo explicarle lo que le estaba ocurriendo? Estaba el tema de Julia y por encima de todo estaba Agláope. Desde que se besaron, él no era ya el mismo. Solo pensaba en ella, constantemente, como una obsesión.

Llegó al central y se sentó en su mesa favorita, sin darse apenas cuenta, había roto con su vida cotidiana. Estaba delegando todo el trabajo en Juan y sabía perfectamente que no era justo. Además ya no se podía concentrar en nada.

Pidió una cerveza y se puso a esperar a Carol ojeando por encima el Marca, no se fijó en que el Madrid había goleado al Barcelona en el Camp Nou, algo que en otra época hubiese celebrado en la oficina.

Carol llegó radiante, llevaba un vestido ceñido negro que le marcaba todo su hermoso cuerpo y los labios rojos como el fuego.

- Chico, sí que eres caro de ver. ¿Te encuentras bien?
- Si, bueno No. No sé Carol, mi vida es un lío. Es como si desde hace una semana me hubiesen dado la vuelta.
- ¿Es por Agláope? Si lo sé no te cuento nada.

- ¡Claro! y dejamos el descubrimiento más grande de la historia de lado... Una sirena en Madrid.
- ¿Estás pensando hacer algo al respecto? ¿No pretenderás informar a nadie de que existe?
- Por favor Carol. Eso nunca. Pero es que, no la saco de mi cabeza.
- Pablo, leí también en internet, que las leyendas hablan de que las sirenas son capaces de volver locos a los hombres. En la mitología utilizaban artes de todo tipo, pero la más frecuente era la música. Cantaban hasta hechizar a los marineros y apropiarse de sus cuerpos. Dime una cosa, ¿la has vuelto a ver?
- Sí – confesó algo avergonzado- La otra noche cuando no quise salir de casa, no sé por qué, pero me dirigí al estanque después de cenar y la vi.
- Pues, es posible que estés ya hechizado. –Carol tenía el rostro triste cuando mencionaba estas palabras, sabía lo que ello significaba – Y ¿tienes ganas de volver a verla?
- ¿La verdad? Es lo que más deseo en este momento. Además hay otro tema del que quiero hablarte.
- Cuenta....

Pablo comenzó a contarle a Carol todo lo ocurrido con Julia y Jorge. Le contó que habló con el hermano de Julia y que éste le confirmó que sin un tratamiento experimental al cual él tendría acceso, a Julia le quedaba menos de un mes de vida. Le dijo que él pagaría el tratamiento y que no esperaba que le devolviesen nada, porque el hecho de salvar la vida a Julia no tenía ningún precio.

Carol se emocionó ante el gesto de Pablo. Ahora sí sentía que podía amar a ese hombre, desde que una sirena les unió.

Pablo le comentó que la semana siguiente el hermano de Julia tendría ya el tratamiento en el hospital, pero que para tratarla habría que llevarla al Gregorio Marañón, que era el hospital de referencia para enfermedades raras.

Mientras le contaba a Carol todo lo ocurrido con Jorge, Julia y su hermano, Pablo se dio cuenta que ella estaba como ausente, solo mirando sus ojos verdes y con una expresión que él mismo tenía la noche en que estuvo sentado frente a Aglaópe y se sintió incomodo porque sabía que nunca podría tener con ella más que una bonita amistad.

Quedaron en verse al día siguiente y cenar juntos, tras el trabajo.

Pablo sabía que no era buena idea, podía hacer daño a Carol y ella no se lo merecía, sin embargo, algo si le ilusionó de ese encuentro, podrían volver a El Retiro.

=====

El día transcurrió lento, como si las horas se negasen a pasar. Pablo llamó a Jorge y le comentó su decisión de aportar el dinero que hiciese falta para ayudar a Julia, Jorge lloró al otro lado del teléfono y le prometió que le sería devuelto hasta el último céntimo.

Después de comer, se paseó por el Jardín Botánico que era otro de esos rincones de Madrid que frecuentaba, en esa época del año no estaba en su plenitud, pero siempre era agradable pasear por entre los árboles y las hermosas flores que aún resistían. Se subió a la terraza de los Bonsáis y se quedó adormilado sentado junto al diminuto bosquecillo de Alcornosques. Siempre había pensado que esos arbolillos eran para algunos insectos tan enormes como para él fueron las Sequoias que visitó en Granada.

Llegada la tarde y cuando se levantó un aire fresco que invitaba a irse a casa, recibió un mensaje de Carol. No podía asistir a la cena, le había surgido un imprevisto. Sonó más bien a una excusa por lo ocurrido el día

anterior, pero nada podía hacer él en ese momento. Le contestó que no pasaba nada y estuviese tranquila, otro día podían cenar y verse. Así que libre ya de compromisos, se fue acercando poco a poco al Retiro y como si sus pies fuesen por delante del resto del cuerpo, se dirigió hacia el lago. Contemplaba el agua, como la otra noche y como el primer día, con curiosidad, preguntándose aún si todo aquello era verdad. Si debajo de esa masa de agua, una criatura que solo existía en las leyendas y algunos libros, estaba sobreviviendo desde no sabía cuánto tiempo.

Agláope apareció de golpe, como en ella era costumbre, como una niña que quiere asustar a su padre saliendo de detrás de una puerta. No había gente así que directamente con un salto que pareció fácil a ojos de Pablo, se situó a su lado, colocando la plateada cola sobre el frío cemento del borde del estanque. Estaba preciosa, la luz de una luna llena y anaranjada daba directamente sobre su rostro, haciéndola parecer una Diosa esculpida en mármol.

Se acercó a Pablo y le besó en los labios, para él fue como una descarga eléctrica por todo el cuerpo. Esta vez no se conformó con un simple beso, Pablo la cogió por los hombros desnudos y comenzó a besarla apasionadamente, quedándose sin aire. Saboreaba los labios una y otra vez y perdía parte de su vida en cada beso.

Sus manos fueron acariciando cada centímetro de piel de la sirena hasta que llegó a la cintura. Pablo se echó hacia atrás al notar el contacto con las escamas frías. Estuvo a punto de caer al agua, y Agláope comenzó a reír a carcajadas.

- ¿Qué esperabas Pablo? Soy una sirena.
- Lo sé Agláope, pero... no entiendo que me ha pasado, quizás no lo esperaba.
- Tranquilo, es normal. ¿Puedo decirte algo? Son los besos más intenso y puros que nunca me dieron.
- Sí, para mí también han sido los más dulces besos que jamás tuve. Esto es una locura, ¿qué va a ser de mí? Pienso en ti día y noche mi amor y estoy dejando de hacer todo aquello que era mi vida.
- Vente conmigo.

Pablo creyó no haber oído bien. Agláope le estaba proponiendo que se fuese con él, ¿pero cómo? Él era un humano y ella una sirena.

- Sabes que eso es imposible
- En mi mundo, no hay nada imposible Pablo. Ven, acércate.

La sirena cogió a Pablo de las manos, las entrelazó con las suyas y se puso frente a él, mirándole directamente a los ojos. Pablo vio que el color de los ojos de aquel ser cambiaban, pasando a tener un leve tono blanquecino y que dentro de ellos, podía ver pasar secuencias de la vida de Agláope.

Primero vio a una niña, en una playa, una niña pequeña y morena... jugaba en la arena. Vio como una gran ola la arrastró hacía el mar. Después vio un grupo de sirenas que recogían a la niña y vio los ojos de la niña abrirse, aun cuando parecía que ya estaba muerta. Pablo no podía dejar de mirar. Sus manos se agarraban fuertemente a las de la sirena.

La niña fue mutando y le empezó a aparecer una cola de pescado donde antes estaban sus piernas y poco a poco fue creciendo junto al resto de sirenas. Luego apareció en una edad cercana a la que ahora tenía, la vio junto al grupo de sirenas en lo que parecía una conversación seria e importante, después risas, abrazos y algunos llantos, la siguiente escena le pareció simplemente surrealista, Agláope pasaba del mar a un río. Las aguas oscuras no le dejaban ver bien lo que ocurría aunque él imaginaba que se trataban de aguas subterráneas, lo insólito fue la escena final, era la cara de Carol, asomada al estanque.

Los ojos de la sirena volvieron a ser color avellana y Pablo estaba llorando.

- Es la historia de mi vida. Mis hermanas me cuidaron y me ayudaron a crecer, ahora me han enviado a buscar a mi pareja, a quien será por siempre mi compañero de viaje.
- ¿Quieres decir que quieres que vaya contigo?
- Si Pablo, te he escogido como mi compañero por toda la eternidad, pero solo hay dos condiciones para que ello sea posible. Me has de amar con toda tu alma y has de estar convencido en acompañarme.
- Pero...No puedo tomar una decisión tan importante ahora, en este mismo instante. Sé que empiezo a sentir algo muy fuerte por ti, pero de eso a dejar mi vida, mi mundo. Todoj
- Está bien Pablo, piénsalo, pero ha de ser pronto, mi tiempo se acaba, he estado mucho tiempo esperando alguien como tú y desgraciadamente no dispongo de todo el tiempo del mundo. Si no encuentro a ese ser que me acompañe, simplemente dejaré de existir.
- Por favor Agláope, otra vez esa espada sobre mi cabeza – Pablo recordaba lo acontecido con Julia-
- Se lo que ha pasado con Julia y es por la decisión que has tomado que he decidido que seas tú quien me acompañe para siempre.

- He de pensarlo, por favor no me presiones. Prometo volver mañana con una decisión tomada.
- Me parece bien – Agláope sonreía- Pero no puedes demorarte más de un día Pablo.

Volvieron a besarse, esta vez con pasión y locura, se sucedían los abrazos y los pequeños mordiscos que Agláope daba a Pablo, él le acariciaba la espalda, le pasaba las manos por la nuca y le agarraba la cara para poder ver sus ojos antes de volver a besar los suaves y dulces labios. Ella le recorría la espalda con sus uñas, haciendo que Pablo temblase con cada movimiento, así estuvieron hasta que horas después el sol comenzó a despuntar, momento en el cual, la sirena volvió a sumergirse en el estanque, desapareciendo bajo las aguas.

=====

Pasó por su casa a tomar una ducha y arreglarse un poco para ir a la oficina. Tenía en los labios el sabor amelonado de los besos de Agláope. Mientras el agua caía por su cabeza y bajaba a todo su cuerpo, se vio metido en las aguas del estanque. Acompañando a la sirena por toda la

eternidad como había dicho ella. ¿No era fascinante poder vivir eternamente? Además estaba Agláope, no es que Carol no le gustase, le gustaba y mucho, pero no podía comparar a la belleza de la sirena, a sus cánticos que le harían de nanas nocturnas y tener despertares maravillosos. Todo era perfecto en Agláope.

Pensó que renunciaría a esta vida esclava del trabajo diario, renunciaría a todo el egoísmo y maldad de nuestra sociedad, aunque también tendría que renunciar a las cosas buenas de este mundo.

Salió de casa y entró en el *14 de Huertas* a tomar un mini desayuno.

- Hombre Pablo, ¿Cómo tan pronto por aquí? – le interrogó Ángela al verlo entrar por la puerta – y diría que o no has dormido muy bien, o todo lo contrario.
- Buenos días Ángela, tuve una noche movidita.
- Ya veo...ya. ¿Tostadas con manteca colorá?
- No, solo ponme café, bien cargado por favor.

Mientras venía el café, pensó que nunca más volvería a tomar ese brebaje maravilloso que reanima hasta las almas más desencantadas del mundo.

Miró a la televisión y empezó a ver las noticias, pensó que decididamente

sería mejor abandonar este mundo ahora que aún podía porque el futuro no pintaba nada bien.

Se tomó el café y salió a buscar su Peugeot para ir a la oficina. El tráfico denso de esas horas le permitía ver con todo realismo lo ocurrido en el estanco. Cuando entró en el edificio, tuvo la sensación de ser observado por todos.

- Pablo, ¿Qué tal estás? – Le saludó Juan.
- Muy bien Juan, realmente muy bien. Luego he de hablar contigo.
- Ok. Cuando quieras solo has de avisarme.

Estaba cerrando los temas que más le importaban, esa misma noche se iría a ver a Agláope. Pensó que nada ni nadie lo apartarían de aquel maravilloso ser que le prometía una eternidad llena de dicha y felicidad.

De pronto sonó el móvil. Era su hija. No había pensado ni por un momento en ella. Solo había pensado en él mismo y en su felicidad. Aprovecharía para decírselo de algún modo. No sabía cómo porque lo dijese como lo dijese, ella sufriría.

Sin embargo, los acontecimientos cambiaron. La llamada de su hija y sobretodo la noticia que ésta le dio hizo que Pablo repensara todo lo que hasta ese momento había decidido.

Parece mentira como todo puede cambiar en un momento. Decidió llamar a Carol, tenía que verla urgentemente. Las cosas se precipitaban y él tenía que actuar rápido.

- ¿Carol? Buenos días, soy Pablo.
- Buenos días Pablo. ¿Qué tal?
- Muy bien. Oye Carol, necesito que vengas esta noche al retiro. Es importante. ¿Podrás venir?
- ¿Para qué Pablo?, ¿para ver como ese monstruo y tú os miráis y os juráis amor eterno? No creo que sea una buena idea.
- Nada de eso, por favor, ven y allí te lo explicaré todo.

Carol lo amaba y sabía que haría todo lo que le pidiese. Así que aceptó aun sabiendo que no sería un encuentro placentero.

Al poco, Pablo llamó a Juan y le dijo que olvidase todo, que no necesitaba ya hablar con él. Y el día transcurrió de lo más anodino, si no fuese porque

su cabeza iba a estallar de cansancio, sueño y sobretodo miles de pensamientos.

La Noche estaba clara y no tenía nada que ver con las noches anteriores. Cuando llegó Pablo, Carol ya estaba allí, sentada y mirando el estanque con la mirada perdida, como si nada de lo que allí hubiese le importase lo más mínimo. Pablo pensó como podía ser tan necio y no ver lo que aquella mujer estaba sintiendo por él.

- Hola Carol, gracias por venir.
- Hola Pablo – Carol se acercó y le dio un beso en la mejilla – Estás muy desmejorado, ¿te encuentras bien?
- Si, bueno, quizás un poco cansado, eso es todo. Carol, he de serte sincero, Agláope me ha pedido que me vaya con ella.
- ¿Cómo?
-

La cara de Carol se desencajó. No lo podía creer. Pablo irse con la sirena. En su cabeza había imaginado mil y una cosas acerca de los dos, ¿pero irse él con ella?, ¿Cómo?, ¿Dónde?

- Pero... ¿Qué me estás contando?, ¿Te has vuelto loco? ¿Te vas a ir con una sirena?
- Hasta esta mañana, lo tenía decidido, me iba con ella, ¿Dónde?, ni yo lo sabía, pero estaba decidido. Y te iba a pedir que te hicieras cargo de mis cosas. Pero..
- ¿Pero qué? Habla Pablo. ¿Qué ha pasado?
- Me ha llamado mi hija, está embarazada. No puedo irme con ella, no puedo abandonar ahora a mi hija y además esa niña, mi nieta...será mi verdadera sirena para toda la eternidad.
- Dios Pablo. Cómo me alegro. – Carol lo abrazó y así estaban cuando apareció Agláoipe-
- Hola Pabloj

Se dieron la vuelta los dos y la vieron, solo tenía asomada la cabeza, Carol reparó en que a ella no la había saludado.

- Supongo que la has traído para despedirte de ella.
- No Agláoipe, quiero que oiga lo que he de decirte. No voy a ir contigo. Este mundo me ofrece muchas cosas buenas y aunque quizás sean perennes y un día se acaben, no puedo renunciar a

vivirlas – La sirena enfureció y de sus hermosos y sugerentes labios, no salió esta vez una sonrisa amable.

- ¡¡No puede ser!! - Gritó – Estás comprometido conmigo. Ayer lo prometiste.
- No te prometí nada Agláope. Ayer me dijiste que había dos condiciones para irme contigo, que te amase y que estuviese decidido a marcharme. Pues bien, no se dan ninguna de las dos. Amo a Carol y el hecho de ser abuelo ha eliminado las ganas de acompañarte que tenía.

Agláope dio un salto que la hizo salir del estanque, no fue consciente de lo que hizo hasta que era demasiado tarde. Comenzó a gritar y a moverse convulsamente. Fuera del agua era totalmente vulnerable, pero tal era su rabia que no calculó bien el salto. Comenzó a soltar una saliva verdosa que la hacía repugnante a los ojos de Pablo, él que había muerto por aquellos labios.

Pablo no sabía qué hacer, miraba a Carol y esta, lejos de mostrarse compasiva, se alejó unos pasos de la sirena.

Se arrodilló junto a ella, vio sus preciosos ojos color avellana y su rostro que se iba arrugando por momentos.

- Pablo, no me devuelvas al agua. Si no vienes conmigo, prefiero morir aquí.
- Agláoipe. Sería mejor que vuelvas, ese es tu mundo.
- Mi mundo no existe si no vuelvo con el ser amado y he fracasado. El amor a tu hija y a Carol es más grande que nuestro amor y yo no puedo hacer nada ante eso.

La vida de la sirena se escapaba por momentos. Pablo buscaba un último resquicio de compasión en Carol. La miraba suplicante, si bien sabía que era su rival en cuanto a su amor, no por ello podía dejar morir a aquel ser único.

Finalmente Carol se agachó junto a Pablo y cogió a la sirena por la cola.

Entre ambos la subieron al borde del estanque y la empujaron al agua.

La sirena gritó, con un alarido que recordaba a los animales salvajes.

Ambos se quedaron mirando el agua, abrazados y sin saber que iba a suceder. De pronto, la sirena saltó en el centro del estanque y pudieron ver su figura recortada contra las luces de la ciudad.

Todo había acabado. Agláoipe debería volver al lugar del que nunca debería haber salido.

=====

El tratamiento estaba haciendo su efecto. Julia mejoraba día a día y solo había que verlo en la expresión de su cara. Pablo y Carol habían pasado a despedirse, juntos se marchaban unos días de viaje a Lisboa antes de ir también a Barcelona. Carol se moría de ganas de conocer a la hija de Pablo.

Ya habían pasado unas semanas desde que Agláope desapareciese de sus vidas y juntos estaban dando comienzo a otra muy diferente. La noche en que la sirena desapareció bajo las aguas del estanque, Pablo juró a Carol que se sentía muy atraído por ella y que no mintió cuando le dijo a la sirena que la amaba, al menos que podría llegar a amarla. Decidieron que lo primero era llevar el dinero al hospital y empezar el tratamiento a Julia y después continuar conociéndose dejando a un lado lo vivido en El Retiro. Jorge los llevó al aeropuerto y volvió a darle las gracias por aquel gesto que le había devuelto la vida no solo a Julia, sino al él también.

Cuando fueron a embarcar, se acercó una muchacha que llevaba propaganda sobre una nueva pizzería que habían abierto en Madrid. Se llamaba "La sirena negra". Pablo y Carol comenzaron a correr

despavoridos en dirección contraria a donde estaba la chica, esta sin saber qué hacer, pensó que aquella pareja estaban realmente locos.